08

PUBLICACIÓN MENSUAL



ALERTAS SD

MAYO DE 2022



CONTENIDO

- EDITORIAL
  Graciela C. Römer
- SUPERAR EL ESCEPTICISMO DEMOCRÁTICO I
  Roberto Borja Ochoa
- LA GUERRA DE UCRANIA, ¡OTRO MONSTRUO LIBERADO!
- J. Alberto Aguilar Iñárritu
- CÓMO EVITAR EL "EFECTO DOMINÓ" DE LA INVASIÓN A UCRANIA
  Edgardo Buscaglia
- NACIONES UNIDAS, ADAPTARSE O MORIR
  Roberto García Morităn
- LA GUERRA DE RUSIA EN UCRANIA Y SUS IMPACTOS GLOBALES, AMÉRICA LATINA FRENTE A ¡OTRA ENCRUCIJADA!
  Fabián Bosoer
- LOS INTERESES OCULTOS EN UNA INVASIÓN GENOCIDA
  Marcela Jiménez Avendaño
- LAS REDES SOCIALES, LA INVASIÓN A UCRANIA Y SU IMPACTO EN LA OPINIÓN PÚBLICA DE EUA
  Javier Cuebas

ENCUÉNTRANOS EN REDES SOCIALES

savedemocracyal.org

EDITORIAL

GRACIELA C. RÖMER

La invasión a Ucrania tiene impacto y consecuencias globales que abarcan desde la posibilidad de una nueva y diferente guerra, hasta terminar con el ordenamiento geopolítico e ideológico dominante desde finales de la Segunda Guerra Mundial y, especialmente, desde finales de la Guerra Fría.

El orden mundial parece reformatearse mostrando una China como potencia económica y una Rusia deseosa de retomar sus mandatos imperiales históricos, ahora reforzados por su capacidad energética como arma de poder. ¿Será, entonces, que ya estamos —como sostienen algunos— en plena Tercera Guerra Mundial? Una que, por cierto, ya no solo se sustenta en el avance territorial sino en la capacidad del manejo de recursos estratégicos básicos y en la asociatividad de los actores intervinientes con capacidad de incidir sobre el comercio y el intercambio de bienes y servicios.

La realidad es que esta batalla y la respuesta dada por un conjunto amplio de países no se libran ya entre el capitalismo y el comunismo, sino entre la democracia liberal y los autoritarismos, entre la dominancia de la libertad y la tiranía. Así, condicionados por estos factores, los gobiernos latinoamericanos han tomado partido. Algunos, como Nicaragua, Cuba y Bolivia, se abstuvieron de apoyar la propuesta de condena a Rusia, mientras otros como Argentina y Brasil sostuvieron posiciones ambiguas. No es difícil relacionar dichas posiciones con la intensidad o labilidad democrática-republicana ejercida en cada uno de ellos.

El mundo ha entrado en un estado riesgoso de inestabilidad económica, financiera, geopolítica y sociocultural. El modelo democrático liberal y la globalización, que parecían haber llegado para convertirse en el modus cívico-político y comercial dominante, comienzan a dar señales de agotamiento. América Latina, al igual que otras regiones del mundo, está siendo impactada, además, por el surgimiento de movimientos populistas y el activismo nacionalista en los extremos del arco ideológico. Lo que se pone en evidencia es que la mayor amenaza para la democracia no es una ideología en particular sino el propio ejercicio autocrático del poder y la permanencia de asimetrías sociales sin resolver, que expulsan hacia los bordes a cada vez más individuos.

Luego del drama ucraniano, el momento de revisión se impone para todos. Debilidades y fortalezas serán evaluadas por los protagonistas de una guerra que incluye facetas políticas, económicas, militares y hasta religiosas. Putin buscó corporizar un sueño que ya delineaba en 2007 y que no trata de construir futuro, sino de regresar al pasado, el del Imperio zarista y soviético.

Covid y Ucrania constituyen una dupla unida por una misma preocupación: la seguridad y la idea de un Estado más activo y la redefinición de prioridades hacia un capitalismo más empático que promueva nuevas formas de participación ciudadana y representación política.

Save Democracy se solidariza con el pueblo de Ucrania y abraza a todos aquellos que luchan por la libertad y la democracia.



SUPERAR EL ESCEPTICISMO DEMOCRÁTICO I

ROBERTO BORJA OCHOA

Hasta hace poco pensábamos que la guerra generalizada y/o nuclear se encontraba ya bastante lejos de las probabilidades de producirse; pero la invasión cruenta y despiadada de Rusia a Ucrania nos volvió a hacer sentir en concreto la angustia de vivir en un planeta sembrado de armas nucleares capaces de desaparecer la civilización humana.

Esperemos que los esfuerzos para lograr una salida negociada del conflicto se impongan a su prolongación indefinida. De cualquier manera, con la reedición de la probabilidad de la guerra nuclear, inmediatamente después de los peores momentos de una pandemia que ha cobrado millones de vidas por todas partes, y de los últimos cálculos sobre las responsabilidades humanas en el cambio climático, la conciencia del ser del hombre acerca de su vida en la tierra apunta ya hacia un trastocamiento radical.

Ninguno de estos acontecimientos es nuevo. Las pandemias tienen una larga historia; la amenaza nuclear ha estado presente desde 1945 y el cambio climático apenas se empezó a medir hacia el último cuarto del siglo pasado. Ahora, sin embargo, se han manifestado con gran fuerza. La densidad del tiempo de los fenómenos globales que amenazan la vida en la tierra se ha vuelto sumamente espesa. Y con el correr de los próximos años lo será aún más.

Por supuesto que todo esto produce un enorme estrés. Pero ¿qué es todo esto sino la nueva complejidad que, llevada a la conciencia, puede producir un cambio radical de la vida en el planeta y que, aunque tenga un viejo nombre, podamos ver ahora con mayor claridad para apuntar hacia un renacimiento del ideal y de la esperanza? Me refiero a la revelación cada vez más concreta e intensa del destino común de la humanidad en el planeta Tierra.

No pienso en el viejo ideal de la fraternidad, sino en la nueva conciencia del ser humano de que es hijo de la tierra y que su deber primordial es cuidarla. Nueva conciencia surgida del fin del colonialismo, de la amenaza nuclear, de la catástrofe ecológica y ahora del azote de nuevas enfermedades en buena medida producto del modo de ser de la civilización. Fraternidad sí, entre los seres humanos y con el planeta, que es su casa. Destino común que exige el planteamiento de los problemas de la especie, de la sobrevivencia de la diversidad humana y del mejoramiento de la vida, y no sólo de su sustentabilidad. Destino que, para ser tal, cuestiona el conjunto de las condiciones de existencia del ser humano, más allá de las ideologías y de las formas de producción que le han permitido llegar hasta el abismo de su autodestrucción o al principio de un renacimiento.

En el transcurso del surgimiento de la nueva conciencia, frente a la incertidumbre de la complejidad, el miedo a lo desconocido y la angustia ante las amenazas terribles, han resurgido los nacionalismos, los populismos, los particularismos religiosos y otras ansias de identidad que buscan respuestas inmediatas en lo viejo ya conocido, pero que dan la espalda a las responsabilidades globales y parecen conducirnos a etapas que creíamos superadas en la historia de la barbarie. La democracia, el terreno que ha permitido el triunfo o el avance de dichas tendencias, ahora se ha visto reducida, pervertida o de plano eliminada.

Se dice que la democracia ha decepcionado a muchos porque no ha cumplido lo que de ella se esperaba. Pero recordemos que la democracia no es una oferta de futuro ni resuelve ningún problema sustantivo. Es sólo un conjunto de reglas procesales y un método de convivencia civilizada. Decía Octavio Paz que el sistema democrático “no contesta a las preguntas fundamentales que se han hecho los hombres desde que aparecieron en la tierra. Todas ellas se cifran en la siguiente: ¿cuál es el sentido de mi vida y a dónde voy? En suma, el relativismo es el eje de la sociedad democrática: asegura la convivencia civilizada de las personas, las ideas y las creencias; al mismo tiempo, en el centro de la sociedad relativista hay un hueco, un vacío que sin cesar se ensancha y que deshabita las almas.” (Itinerario)

Frente al abismo al que hemos llegado, la nueva conciencia debe convertir el miedo en desafío. Que la invasión rusa a Ucrania no sea el inicio de la Tercera Guerra Mundial sino un paso fundamental hacia el desprestigio definitivo de la guerra como medio de solución de los conflictos humanos.

Lo deseable sería impulsar un amplio movimiento capaz de llevar a cabo una gran movilización en torno a la plataforma del destino común, más allá de todas las fronteras políticas, religiosas, étnicas o culturales. La diversidad humana, con todas sus culturas y religiones, en estrecha alianza con los valores de la democracia, estará en condiciones de darle un nuevo horizonte de largo aliento a ese, su destino común.

CONSEJO DIRECTIVO SAVE DEMOCRACY

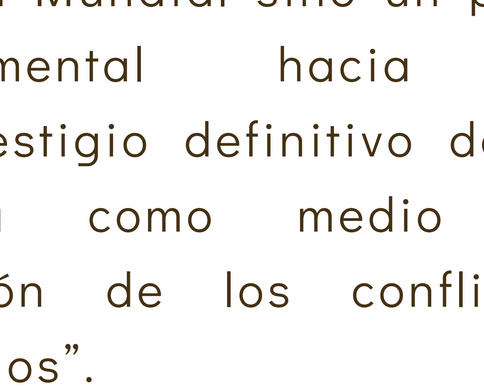
Integrado por especialistas con destacada trayectoria y contribución a la democracia y sus diferentes áreas de atención.

Marcela Jiménez Avendaño - Directora Ejecutiva

Edgardo Buscaglia - Director Adjunto

J. Alberto Aguilar Iñárritu - Director Adjunto

"Frente al abismo al que hemos llegado, la nueva conciencia debe convertir el miedo en desafío. Que la invasión rusa a Ucrania no sea el inicio de la Tercera Guerra Mundial sino un paso fundamental hacia el desprestigio definitivo de la guerra como medio de solución de los conflictos humanos”.



ROBERTO BORJA OCHOA
Investigador en el Instituto de Investigaciones Sociales y de Investigaciones Económicas, UNAM.
Escritor y académico.
Miembro del Consejo Consultivo de Save Democracy



CONSEJO CONSULTIVO

Arturo Núñez Jiménez - Escritor y académico

Daniel Hadad - Fundador y CEO de Infobae.com

Eduardo Núñez - Experto en Democracia, Gobernabilidad, Seguridad y Derechos Humanos particularmente en Centroamérica.

Javier Cuebas - Asesor en comunicación de crisis, fundraising y filantropía.

Luis A. Castillo - Diplomático de Carrera, Argentina.

Luis Farías Mackey - Escritor, editorialista y analista político.

Luis Nunes - Profesor, consultor y activista.

María Fernanda Garza - Presidenta International Chamber of Commerce

Nora C. Luzi - Experta en RRII, Democracia y Desarrollo Sostenible.

Roberto Borja Ochoa - Investigador, escritor y académico.

Santiago Cantón - Secretario General, International Commission of Jurists.

LA GUERRA DE UCRANIA, ¡OTRO MONSTRUO LIBERADO!

J. ALBERTO AGUILAR IÑÁRRITU

El pasado 24 de febrero, se afirmó el desplome del orden mundial surgido en la posguerra y en particular de los fallidos y erráticos prolegómenos de sustitución unipolar que siguieron al fin de la Guerra Fría. Los errores cometidos en poco más de tres décadas por la potencia hegemónica -los Estados Unidos- en particular en Medio Oriente y en el entorno de la desaparecida Unión Soviética, se encuentran entre los factores que dan lugar al actual declive de la institucionalidad multilateral, incapaz de impedir los horrores de la condenable invasión rusa de Ucrania.

Los gobiernos de la potencia unipolar de entonces distaron mucho de actuar en favor de los bienes globales requeridos, en especial de la paz. Su proceder cortoplacista debilitó su liderazgo mundial y, en esa medida, contribuyó a la confrontación multipolar actual, una de cuyas manifestaciones es la guerra de Ucrania. Se mantuvieron muy atentos a satisfacer las enormes utilidades de la corporación financiero-petrolero-militar norteamericana, pero no así a la creación de los equilibrios necesarios para renovar, fortalecer y dar nueva vigencia a la añeja institucionalidad multilateral, creada para otro momento del mundo.

Mientras gastaban los impuestos de los norteamericanos en guerras impuestas por las corporaciones, China invirtió endógenamente en su desarrollo y se reposicionó en el contexto mundial en transformación. Incluso, en esos excesos presupuestales bélicos, se habrían de incubar los triunfos del populismo interno con Trump -una amenaza latente contra la democracia norteamericana- soportados en importantes sectores de su población olvidados, víctimas de la exclusión social, en rebeldía contra el establishment. Triunfos electorales, no olvidar, apoyados en su momento por Putin, como parte de su estrategia de resurgimiento imperial.

Adicionalmente, la convivencia de las instituciones multilaterales con guerras soportadas en motivos falsos, como Irak, Libia, entre otras, o el no aprobado por el Consejo de Seguridad bombardeo de la OTAN, en plena descomposición yugoslava, contribuyeron también a deteriorar su eficacia.

En paralelo, las democracias debilitaron su capacidad de inclusión social, concentradas en su faceta electoral, soslayaron renovar el ejercicio democrático social del poder y desencantaron a la gente que se distanció de sus élites y le abrió la puerta al populismo. Una costosa elección, cuya naturaleza disruptiva, que no asume más regla que los dictados tiranos del líder, amplió los grados de incertidumbre del entorno mundial, condicionado por la confrontación entre autoritarismo y democracia.

Son saldos de esa época neoliberal y unipolar cuyos estertores liberan monstruos, que oscurecen el panorama y obligan a interpretar los pocos rayos de claridad que rasgan el opaco horizonte, para iluminar el camino.

Un primer rayo que se abre paso entre las fatigas de la Gran Recesión del 2008, la pandemia y ahora la guerra eslava, anuncia que la globalización, tal y como se conoció a partir de los años 90 del siglo pasado, dejó de existir. Termina la fantasía de un mundo armonizado por la interdependencia económica de ventajas competitivas, bajo una égida unipolar, y aparece una nueva era de confrontación multipolar que lucha por dibujar un nuevo mapamundi.

No obstante, haciendo a un lado los gritos destemplados del chovinismo populista, poco a poco se bosqueja un panorama de Globalización 2.0. Una globalización soportada en la consolidación de bloques económicos, que acortan e interiorizan sus cadenas de valor para alcanzar la mayor autonomía relativa posible, en un enorme e integrado mercado interno, que tampoco renuncia a realizar el intercambio comercial interbloque, pero que prioriza el propio.

Pareciera que el mundo se encamina a construir una suerte de confederaciones de Estados-nación, como base de ese mapamundi en definición, cuya geopolítica pareciera regresar, de manera amplificada, a la propia de principios del siglo XX. Un escenario propenso al conflicto y encerrado en un círculo vicioso, que reclama nuevas reglas multilaterales de gestión, resultantes de equilibrios que aún no terminan de definirse. Buena parte de comenzar a romper ese círculo vicioso dependerá de cómo termine la solución de la paz en Ucrania, que detenga las matanzas y elimine todo asomo de amenaza nuclear.

Un segundo rayo esclarecedor es la unidad demostrada por las democracias del mundo contra el autoritarismo de Putin que apostó a la desmovilización occidental ante su invasión y logró consolidar un frente sólido en contra. Un frente de consensos antiautoritarios que, por fortuna, alcanzó también a derrotar las aspiraciones de Le Pen en Francia, junto con sus propuestas fracturadoras de Europa, sus alianzas y cercanías financieras con Putin e ideológicas con Aleksandr Duguin y su posimperial propuesta euroasiática.

Desearíamos también poder ver en el horizonte el despunte de un tercer rayo relativo al combate que vivimos entre autoritarismo y democracia que anuncie la derrota del primero, pero que todavía no se asoma con suficiente claridad. Habrá que seguir trabajando en el fortalecimiento autocrítico de las democracias para verlo, así que por delante aún hay mucho trabajo por hacer.

"Los errores cometidos en poco más de tres décadas por la potencia hegemónica -los Estados Unidos- en particular en Medio Oriente y en el entorno de la desaparecida Unión Soviética, se encuentran entre los factores que dan lugar al actual declive de la institucionalidad multilateral, incapaz de impedir los horrores de la condenable invasión rusa de Ucrania".



J. ALBERTO AGUILAR IÑÁRRITU

Vicepresidente para Norteamérica de la COPPPAL

Miembro Fundador de Save Democracy

CÓMO EVITAR EL "EFECTO DOMINÓ" DE LA INVASIÓN A UCRANIA

EDGARDO BUSCAGLIA



Conocer el proyecto “imperial” de Vladimir Putin nunca fue un misterio, desde que este hombre accedió a los más altos niveles del poder político en Rusia, primero infiltrando y engañando al círculo familiar más íntimo del expresidente Yeltsin y después camuflándose como tecnócrata demócrata. No fue difícil el engaño considerando que el presidente previo estaba mentalmente incapacitado y que la profesión previa de Putin había sido la de oficial de contrainteligencia de la KGB.

Solo bastaba leer la biografía de Putin, titulada “Primera persona” y publicada hace 22 años por tres periodistas (Nataliya Gevorkyan, Natalya Timakova y Andrei Kolesnikov), para poder comprender lo que ha hecho, lo que hace hoy y lo que hará hacia futuro[1]. Esta biografía publicada en el año 2000 a lo largo de seis largas entrevistas transcribe en detalle las propias palabras de Putin detallando las estrategias que planificaba implementar como presidente.Hasta hoy Putin ha venido cumpliendo con cada uno de sus proyectos delineados en esta publicación. Basta decir que ya desde hace 22 años el revanchismo y reinstauración “imperial” a través de la expansión territorial de Rusia conformaban el pilar principal de la visión de Putin.

Si su biografía no los hubiese convencido lo suficiente, entonces basta leer sus propias palabras referentes a Ucrania detallando su visión histórica y su visión hacia futuro, plasmadas en el artículo que publicó en julio del año pasado bajo su nombre y titulado “On the Historical Unity of Russians and Ukrainians”[2]. En este, Putin declara abiertamente que Ucrania no tiene derecho a existir ni como Estado ni como cultura separada de la de Rusia, anunciando su decisión de “anexar” y evaporar a Ucrania como Estado y como cultura.

Solo la ignorancia supina y la mediocre arrogancia de los círculos de “intelligentsia” en nuestras democracias desarrolladas e incipientes, combinadas con la avaricia descontrolada del “capitalismo de amigos occidentales”, que el régimen de Putin constituyó como carnada política y como motor económico de su régimen, impidieron que existiese un consenso internacional previo a febrero de este año para prevenir la catástrofe geoestratégica europea que tendrá repercusiones mundiales nefastas a largo plazo a menos que el régimen de Putin sea derrotado política, militar y económicamente.

Para los que hemos trabajado en Rusia desde hace décadas y nunca permitimos ser “seducidos” por actos de propaganda durante invitaciones de lujo a eventos oficiales organizados por el régimen de Putin, siempre supimos que este país adolece de una sociedad intrínseca e históricamente autoritaria, regida por una delincuencia organizada de Estado, que ha adoptado un pragmático capitalismo mafioso que sirve al régimen político de la misma manera que es servido por su servicio diplomático o por sus fuerzas armadas. Putin es la cabeza de esta delincuencia organizada de Estado, pero —para evitar personalizar este cáncer sociopolítico—, uno fácilmente podría concluir que cualquier otro “líder” con similares características criminales y autoritarias podría ocupar la cabecera que hoy es ocupada por Putin. En otras palabras, por razones sociohistóricas, una gran mayoría de la sociedad rusa hoy continúa demandando este tipo de “liderazgos” patológicos.

Propuesta hacia el futuro

Está de moda, entre la “intelligentsia” de expertos occidentales, culpar a la OTAN o a los fracasos de la política exterior de EE.UU. en Europa, en Irak o en Afganistán para poder así justificar la agresión bélica de Putin, que ha derivado en crímenes de guerra y en presuntos crímenes contra la humanidad[3]. Pero les sugiero que, para evitar un retroceso mundial a las guerras del siglo pasado, con más masacres de la población civil a través de “operaciones militares especiales” preanunciadas como las que Putin perpetró en Chechenia en 2000, Georgia en 2008, en la Crimea ucraniana en 2014 y hoy en el resto de Ucrania, será esencial que las democracias desarrolladas de manera coordinada elaboren e implementen una política exterior en bloque hacia Rusia y hacia su aliado totalitario China, cuyos ojos invasivos miran hacia la democracia de Taiwán.

"Desde hace 22 años el revanchismo y reinstauración “imperial” a través de la expansión territorial de Rusia conformaban el pilar principal de la visión de Putin. Será esencial que las democracias desarrolladas de manera coordinada elaboren e implementen una política exterior en bloque hacia Rusia y hacia su aliado totalitario China, cuyos ojos invasivos miran hacia la democracia de Taiwán".

Para evitar un “efecto dominó”, una nueva política internacional democrática debería contener los siguientes dos pilares: 1- la expansión territorial de la OTAN y la fundación de otros organismos de defensa mutua de naturaleza similar en las demás regiones del planeta, para así albergar a todo país democrático que a través de deliberaciones sociopolíticas democráticas solicite su ingreso, incluyendo en el caso de la OTAN a Finlandia, a Suecia y a Ucrania si sus pueblos así lo manifiestan; y 2- la constitución legal de una nueva organización política internacional conformada solamente por democracias, que establezca mecanismos de ayuda mutua para fortalecer a las instituciones sociopolíticas democráticas de sus respectivos miembros y que sirva para contrarrestar cualquier tipo de agresión “híbrida” o agresión directa por parte de países con regímenes políticos autoritarios contra los procesos electorales y demás instituciones.

Habrá que recordar nuevamente una lección repetida a lo largo de la historia de la humanidad: los comportamientos más destructivos e internacionalmente violatorios perpetrados por los regímenes políticos totalitarios son siempre estimulados por la debilidad y fragmentación de los Estados y sociedades abiertas con Estado de derecho democrático.

[1] FIRST PERSON An Astonishingly Frank Self-Portrait by Russia's President Vladimir Putin (2000). By Nataliya Gevorkyan, Natalya Timakova and Andrei Kolesnikov. New York: PublicAffairs.
[2] Vladimir Putin (2021). “On the Historical Unity of Russians and Ukrainians.“
At: http://en.kremlin.ru/events/president/news/66181
[3] John Mearsheimer on why the West is principally responsible for the Ukrainian crisis. The Economist. 11 de marzo de 2022. At: https://www.economist.com/by-invitation/2022/03/11/john-mearsheimer-on-why-the-west-is-principally-responsible-for-the-ukrainian-crisis



EDGARDO BUSCAGLIA

Escritor, académico, líder de sociedad civil, asesor y filántropo internacional.
Miembro Fundador de Save Democracy



LA GUERRA DE RUSIA EN UCRANIA Y SUS IMPACTOS GLOBALES, AMÉRICA LATINA FRENTE A ¡OTRA ENCRUCIJADA!

FABIÁN BOSOER

¿QUIÉNES SOMOS?

SAVE DEMOCRACY es una organización hemisférica, civil, no gubernamental, no partidista, altamente especializada y sin fines de lucro, integrada por un grupo de profesionales en el campo del estudio y diagnóstico de los procesos democráticos cuyo objetivo es el de fortalecer, proteger y defender la democracia particularmente en América Latina y el Caribe.

SAVE DEMOCRACY surge como iniciativa de un grupo de especialistas en diversas áreas relacionadas con la democracia que, en marzo de 2019, se reunieron para participar en el Congreso Internacional Proyecto Democracia celebrado en la ciudad de Victoria de Durango, en México. En esa ocasión pudieron comprobar, además de la gran coincidencia de puntos de vista sobre los problemas que aquejan a las democracias y sus posibles soluciones, la importancia que tiene realizar encuentros temáticos muy plurales y estudios destinados a pensar cómo restituirla.

Así de insuficiente y resquebrajado como se lo percibe, el sistema interestatal sobre el que se construyó el orden internacional después de la Segunda Guerra Mundial –representado por las instituciones, organismos y regímenes establecidos por las Naciones Unidas para garantizar la paz y la seguridad internacional–, es preferible al de los imperios en pugna y potencias expansionistas que lo precedieron.

Esta premisa fundante del sistema internacional contemporáneo ha empezado, sin embargo, a tambalear en los últimos años, y la invasión de Rusia a Ucrania le asestó un nuevo y duro golpe. Se difumina el principio de igualdad jurídica e integridad soberana de los Estados consagrado en la Carta de la ONU y reemergen las potestades autoarrogadas de someter países, territorios y poblaciones, en un mapamundi donde impera la anarquía y el derecho es impuesto por la fuerza. De manera brutal, Vladimir Putin nos ha devuelto a la geopolítica clásica de las disputas interimperiales, pretendiendo que la OTAN y la Unión Europea no son asociaciones libres entre Estados soberanos sino parte del "imperio occidental" que amenaza a la "gran Rusia".

Es una versión invertida de la vieja "teoría del corazón continental", "área pivote" o "isla mundial" desarrollada por el geógrafo y político inglés Halford Mackinder a principios del siglo XX, recogida décadas más tarde por Zbigniew Brzezinski para explicar "el gran tablero mundial" de la segunda posguerra.

En 1919, Mackinder la resumió con una frase que modelara la matriz de la geopolítica del siglo pasado: "Quien domina la Europa oriental domina el Heartland o corazón terrestre; quien domina el Heartland domina el mundo-isla; quien domina el mundo-isla controla el mundo". Esa vasta parte del mundo -Eurasia- se correspondía con la ocupada por el Imperio ruso, luego la URSS, desde el Volga al Yangtsé y desde el Himalaya hasta el Ártico. De la Pax británica del siglo XIX a las guerras mundiales y la "pax americana" que le sucedieron en el siglo XX, nos reencontramos ahora con aquel mapamundi de Mackinder y Brzezinski adoptado como doctrina de Estado por Vladimir Putin en su pretensión de anexar los territorios que antes pertenecían a la Unión Soviética, en un proyecto imperial neozarista que parece incluso referirse a la Rusia de Pedro el Grande.

"La posguerra fría ha terminado para siempre, estamos en una confrontación a todo campo con Occidente", escribió Dmitri Suslov, consejero del Kremlin. Y en esa visión neoimperial, Ucrania es concebida como parte integrante de esa Gran Rusia, ignorando su carácter de Estado soberano, en una guerra de agresión que se perpetró además con alegaciones etnoterritoriales que llevan consigo ominosas implicancias genocidas.

La visión geopolítica occidental sobre Oriente, dominante durante el siglo XX, se transfiere a otra en este siglo XXI que desafía el orden mundial de la segunda posguerra, la paz y la seguridad internacionales, y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, pero también los mapas cognitivos que nos acostumbraron a ver los conflictos mundiales como una confrontación entre Oriente y Occidente.

La guerra en Ucrania se inscribe en esta representación epocal en la que se reflejan encrucijadas y batallas que se viven en cada sociedad y dentro de cada país, en un mundo todavía lastrado por el impacto de la pandemia del Covid-19: Estados nacionales crujiendo en sus cimientos, con archipiélagos de realidades sociales diversas en su interior.

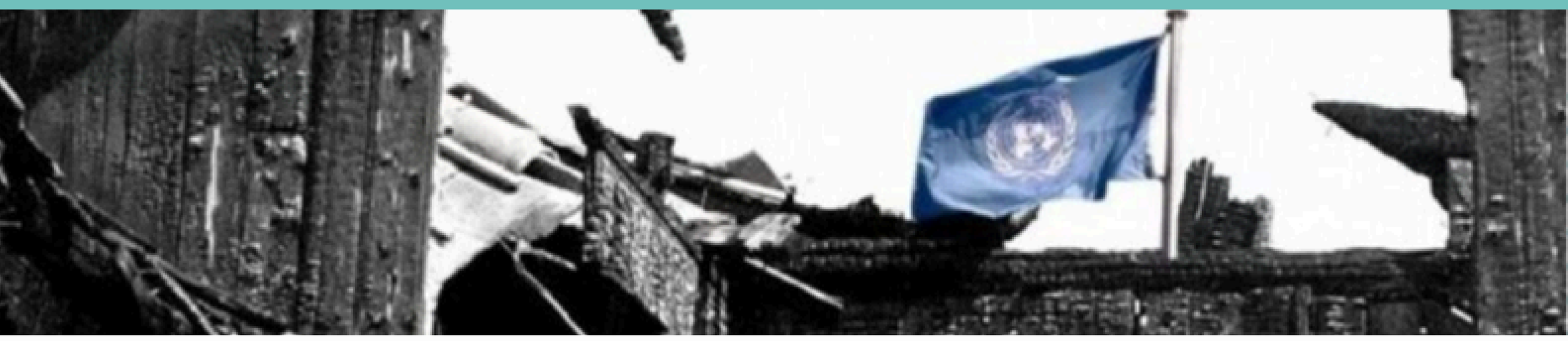
No es choque de civilizaciones, tampoco un "Oriente versus Occidente": es la lucha por la democracia y los derechos humanos frente a diversas formas de dominación autocrática impuestas por la fuerza tanto en Oriente como en Occidente en nombre de nacionalismos agresivos o bajo los imperativos de la geopolítica global de las grandes potencias.

América Latina, que ha padecido durante el siglo XX la condición de escenario de disputa, solapada o abierta, entre las grandes potencias, sabe por experiencia propia cuánto afecta esta conjura geopolítica la estabilidad de sus democracias. En la encrucijada actual, cada país latinoamericano se debate nuevamente en un dilema de difícil resolución: evitar un involucramiento impuesto por los "jugadores mayores", sabiendo al mismo tiempo que no puede permanecer al margen de un conflicto que tiene alcance global por sus múltiples impactos y consecuencias, directas e indirectas, sobre la vida de los pueblos a escala local, nacional y regional.

"Cada país latinoamericano se debate en un dilema de difícil resolución: evitar un involucramiento impuesto por los "jugadores mayores", sabiendo al mismo tiempo que no puede permanecer al margen de un conflicto que tiene alcance global".

FABIÁN BOSOER

Periodista y politólogo.
Editor jefe de la sección Opinión, diario Clarín.



NACIONES UNIDAS, ADAPTARSE O MORIR

ROBERTO GARCÍA MORITÁN

> “La ilegalidad de Rusia frente a Ucrania pone en evidencia que el sistema multilateral que nace en San Francisco en 1945 necesita de reforma. El Consejo de Seguridad es uno de los órganos que requiere atención preferencial por el carácter de membresía discriminatoria y por el mecanismo anacrónico de toma de decisiones.”

La tragedia en Ucrania ha expuesto las debilidades diplomáticas del Kremlin y ha cuestionado la vigencia del esquema de equilibrios de poder que surge de la segunda posguerra y que ha caracterizado las inequidades del sistema multilateral actual. El uso del derecho de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas por parte de la Federación de Rusia para no ser condenada respecto a Ucrania es similar al veto ejercido por la Unión Soviética respecto a la invasión a Hungría en 1956 y a Checoslovaquia en 1968. Sin embargo, el ejercicio del poder de veto de Moscú ya no parece tener la misma congruencia de 1945. Un primer síntoma del inicio de un proceso de cambio estructural en la geopolítica mundial es que, a diferencia de la Federación Rusa, la URSS nunca fue condenada por la Asamblea General de Naciones Unidas ni suspendida en sus derechos de integrar un órgano del sistema como es el Consejo de Derechos Humanos. Es la primera vez en la historia de las Naciones Unidas que un miembro permanente sufre semejante secuencia de derrotas diplomáticas multilaterales.

La Asamblea General de la ONU, que condenó por amplia mayoría la agresión de Rusia contra Ucrania, fue la reacción colectiva contra un miembro permanente que viola la Carta de las Naciones Unidas. Aunque la decisión fue solo políticamente vinculante, podría ser asimilada en su impacto diplomático a la aplicación del artículo 41 o a una decisión conforme al capítulo VII de la Carta de la ONU relativa a la acción en caso de amenaza contra la paz, de ruptura de la paz y de acto de agresión. No se había dado nunca una condena similar a un miembro permanente de Naciones Unidas.



Ya son tres los miembros permanentes (Francia, Reino Unido y Rusia) que han perdido el prestigio o la situación de poder global que gozaban en 1945 en ocasión de la fundación de las Naciones Unidas. Francia y el Reino Unido fueron aceptados como miembros permanentes principalmente por su anacrónica condición de poder colonial. Rusia como sucesora de la Unión Soviética conforme al Protocolo de Alma Ata de 1991. El arsenal del que dispone cada uno es lo que hace la diferencia para que sigan gozando del privilegio del veto pese a que la lógica original de pertenecer al Consejo de Seguridad de la ONU no fue el arsenal nuclear sino la condición de vencedores de la Segunda Guerra Mundial.

La ilegalidad de Rusia frente a Ucrania pone en evidencia que el sistema multilateral que nace en San Francisco en 1945 necesita de reforma. El Consejo de Seguridad es uno de los órganos que requiere atención preferencial por el carácter de membresía discriminatoria y por el mecanismo anacrónico de toma de decisiones. Desde que el cuestionado veto se estableció y fue utilizado por primera vez en 1946 por la Unión Soviética, ha sido ejercido por Moscú en 143 oportunidades, por Washington en 86, Reino Unido 43, y China y Francia 18 veces cada uno.

Naciones Unidas debe adaptarse con urgencia a las realidades diplomáticas y geopolíticas del siglo XXI e incluso la Carta Constitutiva debería incluir un lenguaje político y jurídico acorde a los tiempos. Resulta inadmisible hoy que la palabra democracia no figure en los propósitos de las Naciones Unidas como una aspiración global. La democratización de las relaciones internacionales debería ser el desafío para construir un mundo de respeto, próspero, estable y en paz.



ROBERTO GARCÍA MORITÁN

Diplomático de carrera (Argentina)

LOS INTERESES OCULTOS EN UNA INVASIÓN GENOCIDA

MARCELA JIMÉNEZ AVENDAÑO



“La guerra es la continuación de la política por otros medios. (...) El propósito político es el objetivo, la guerra es el medio.”
Carl von Clausewitz

Cualquier análisis sobre una guerra no puede circunscribirse solo a los temas materiales, logísticos, tecnológicos y de superioridad numérica o armamentista. En su desarrollo intervienen complejos factores que responden a conflictos e intereses mayores que, en muchas ocasiones, se mantienen ocultos.

Nada más cierto ahora que el orden mundial se desmorona. Las nuevas potencias económicas y su influencia en el resto de las naciones están minando el equilibrio pactado después de la Segunda Guerra Mundial y, más concretamente, después de la Guerra Fría, que, en términos generales, nos permitía vivir en un mundo de mayores certezas, aunque siempre frágiles.

La invasión genocida de Rusia a Ucrania se asienta dentro de este escenario, potenciando el desequilibrio y presionando al mundo hacia una guerra nuclear.

Mucho se ha estudiado y escrito sobre la guerra, fenómeno humano al que Clausewitz definió también como un acto de fuerza cuyo objetivo es el de imponer su voluntad al adversario, y que solo puede alcanzarse mediante el desarme o la destrucción del enemigo bajo una acción militar. Bajo ese parámetro, hasta ahora, Rusia va ganando.

La polaridad de posiciones hoy día radica, de inicio, en los sistemas de valores sobre los que se asientan los gobiernos de los países involucrados. Por un lado, tenemos a Rusia y sus aliados, autocracias definidas bajo el mando centralizado de un jefe supremo; sin equilibrio de poderes; sin controles ciudadanos; sin elecciones libres y transparentes; represivas; con oligarquías creadas y controladas desde el mismo Ejecutivo; con nulo respeto a los derechos humanos; sin libertad de expresión, información y prensa; y con un control absoluto de las fuerzas militares, de la comunicación y de la economía.

Por el contrario, el otro bando mantiene gobiernos democráticos, es decir, con autonomía y separación de los poderes públicos; con andamiajes legales que buscan garantizar la protección de los derechos humanos, la libertad de expresión, y la transparencia y universalidad de los procesos electorales; con mecanismos que promueven la rendición de cuentas y la participación ciudadana; y, en síntesis, con Estado de derecho.

En esta guerra, la comunidad internacional demócrata se ha enfocado en condenar las acciones imperialistas rusas; dotar de apoyos económicos y armas a Ucrania; establecer sanciones financieras y comerciales a su gobierno y oligarquía; y presionar al gobierno chino para que condene estas acciones. Cabe destacar que las débiles sanciones hasta ahora puestas, y que apuntarían a su debilitamiento económico, no son más que una justificación interna de que algo se está haciendo.

En tanto, la estrategia de Vladimir Putin ha consistido en desarmar a sus enemigos bajo la amenaza de iniciar una guerra nuclear, es decir, “someter al enemigo sin luchar” (Sun Tzu); legitimar continuamente esta invasión y sus consecuencias ante sus fuerzas armadas y población; aprovechar la debilidad energética europea y su dependencia hacia Rusia; mantener el apoyo de China; y hacerse territorial, política y moralmente de Ucrania tal como hizo antes con Crimea.

Todo esto anuncia que estamos ante una guerra que no va a terminar pronto. Putin llevará esta invasión hasta sus últimas consecuencias, de lo contrario perdería credibilidad y fuerza ante su propio país. Por otro lado, las naciones republicanas con potencial bélico no participarán más que como hacen ahora, a riesgo de provocar que el conflicto militar escale a uno nuclear. Es decir, apostarán al desgaste de Putin, ampliando el tiempo del conflicto a partir del envío de armas, recursos y tibias sanciones financieras.

Ahora bien, en esta ecuación, China representa un punto y aparte; sus intereses ocultos pero latentes en este conflicto la colocan veladamente como EL ACTOR principal, de manera que presionarla para que clarifique su postura y emita una condena hacia Rusia, es tan idealista como inútil.

Así lo tenemos, aplicando una de las máximas de El Arte de la Guerra: “Si podemos hacer que el enemigo muestre su posición mientras nosotros escondemos la nuestra, tendremos toda nuestra fuerza, mientras que el enemigo estará dividido”.

En este orden de ideas, parecería entonces que la estrategia obvia es la de abrir y ventilar la participación de China cambiando el enfoque. No parece descabellado aprovechar los llamados públicos a la paz de su gobierno para hacerlo parte del conflicto como mediador, obligándole con ello a dejar su supuesta “posición neutral” y alejándolo de su línea discursiva sobre la amenaza que para Rusia representó la provocación de la OTAN, dado que bajo esa retórica podrá seguir justificando su alineación al bando euroasiático.

En conclusión, Rusia y Ucrania solo representan el teatro de las operaciones; Rusia es una amenaza no solo para Ucrania, sino para el resto del mundo; los Estados Unidos, acostumbrados a guerras militares, hoy tienen que ajustarse a un tipo de batalla diferente; y sin la participación abierta de China, el conflicto no tiene visos de solución.

Sin duda, esta guerra responde al proceso de involución y de estupidez humana que mostramos como sociedad global y en la que todos perderemos, empezando por el lastimado y valiente pueblo ucraniano.

“Rusia y Ucrania solo representan el teatro de las operaciones; Rusia es una amenaza no solo para Ucrania, sino para el resto del mundo; los Estados Unidos, acostumbrados a guerras militares, hoy tienen que ajustarse a un tipo de batalla diferente; y sin la participación abierta de China, el conflicto no tiene visos de solución.”



MARCELA JIMÉNEZ AVENDAÑO
Comunicadora, consultora.
Editora General Alertas SD
Miembro Fundadora de Save Democracy





LAS REDES SOCIALES, LA INVASIÓN A UCRANIA Y SU IMPACTO EN LA OPINIÓN PÚBLICA DE EUA

JAVIER CUEBAS

El mundo entero se cuestiona hacia dónde nos llevará la nueva incursión militar de Rusia en la República de Ucrania, un país de mayoría cristiana, que recién cimentaba su identidad como democracia y que ha buscado acercarse cada vez más a Europa Occidental.

Aunque muchos lo desconocen, Ucrania es el segundo país de mayor extensión territorial en Europa después de la propia Rusia, país del que se independizó en 1991 tras la disolución de la antigua Unión Soviética, manteniendo su carácter de líder esencial en la exportación de productos agrícolas: ahí se produce el 18 por ciento de las semillas de girasol consumidas en el mundo; el 13 por ciento de la producción de maíz; el 12 por ciento de las exportaciones de cebada; y el 8 por ciento del trigo, morcajo o tranquillón.

La pregunta que nos compete es: ¿cómo la situación en Ucrania ha impactado fuertemente a la opinión pública en los Estados Unidos y qué significa eso para los esfuerzos de los ucranianos para contener el ataque de Putin?

Pese a que los migrantes ucranianos han hecho grandes contribuciones a las artes, ciencias, deportes y otras escenas de la vida cotidiana en los Estados Unidos, Ucrania, como país, no era un tema presente en el imaginario colectivo, tal como lo suele ser México, China o la misma Rusia. Sin duda, aunque su presencia ha sido discreta, han destacado varios personajes como Milla Jovovich, famosa por la serie de películas Resident Evil; Mila Kunis, de la comedia televisiva That '70s Show; el ganador del premio Oscar, Leonardo DiCaprio; Dustin Hoffman; el icono de acción, Sylvester Stallone, quien convirtió a Rocky y a Rambo en fenómenos de taquilla globales; y la leyenda de la música Bob Dylan, quienes comparten esa herencia cultural. Ese también es el caso de la admirada y recientemente fallecida jueza de la Corte Suprema de los EE. UU., Ruth Bader Ginsburg.

En la política, sus descendientes también han logrado convertirse en líderes respetados tanto en el Partido Demócrata como en el Republicano, ahí están los casos del actual líder de la mayoría parlamentaria demócrata en el Senado federal, Charles Schumer, y de la congresista republicana, Victoria Spartz, quien nació en Ucrania y hoy en día representa el quinto distrito congresional de Indiana.

Pero ¿es esta herencia razón suficiente para que el pueblo estadounidense reclame a la Casa Blanca acción inmediata? La realidad es que no. Entonces, ¿qué es lo que ha provocado que el 73 por ciento de los estadounidenses, según la encuesta de Reuters-Ipsos de abril pasado, apoye el envío de cargamentos de armas y ayuda militar a Ucrania?

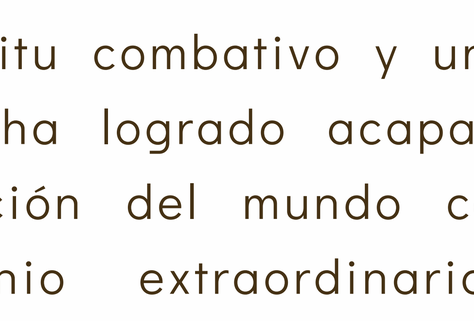
Si bien los ucranianos no cuentan con el armamento necesario para enfrentar la acción bélica de Putin, lo que sí tienen es un admirable espíritu combativo y un líder que ha logrado acaparar la atención del mundo con un dominio extraordinario del nuevo frente de guerra global: las redes sociales. Esto ha hecho la diferencia. El pueblo estadounidense ha podido escuchar, directamente y sin filtro, los testimonios del pueblo ucraniano, así como los pedidos de ayuda de sus líderes.

Los ucranianos, al capturar la atención del planeta básicamente a través de las redes sociales, han forzado a los miembros de la Unión Europea y a Estados Unidos a responder al interés de sus ciudadanos. El presidente Biden, junto con su equipo de seguridad nacional, ha sido sumamente táctico: el pasado 28 de abril solicitó un paquete de ayuda humanitaria y militar de 33 000 millones de dólares; envió al Congreso una propuesta para modificar las leyes actuales de modo que sea un crimen poseer ingresos financieros obtenidos a través de transacciones ilegales con el gobierno ruso, es decir, se pretende debilitar financieramente a su oligarquía; y pidió eliminar a Rusia del G20.

Biden tiene claro que este conflicto bélico trasciende las fronteras de Ucrania, pero más importante aún es que el pueblo estadounidense se ha expresado en apoyo al reclamo ucraniano y ha demandado acción bipartidista.

Moraleja: en el siglo XXI las redes sociales, aun con todos sus retos y defectos, son cruciales para la preservación de la democracia.

“Si bien los ucranianos no cuentan con el armamento necesario para enfrentar la acción bélica de Putin, lo que sí tienen es un admirable espíritu combativo y un líder que ha logrado acaparar la atención del mundo con un dominio extraordinario del nuevo frente de guerra global: las redes sociales”.



JAVIER CUEBAS

Asesor en comunicación de crisis, fundraising y filantropía estratégica.
Miembro del Consejo Consultivo y representante en Washington D. C. de Save Democracy



ALERTAS SD

MAYO DE 2022

08 08 08 08

ALERTAS SD

Publicación mensual

Las opiniones aquí expresadas reflejan
el espíritu y convicción de la
Organización Save Democracy

https://savedemocracyal.org/

AlertasSD@savedemocracyal.org

@SaveDemocracyAL

@SaveDemocracyAL